

YVONNE VERA

Traducción de Marina Fe

Yvonne Vera. Nació en 1964 en Rodesia y creció durante los conflictos bélicos que dieron nacimiento en 1980 a Zimbabwe. Obtuvo un doctorado en literatura de la Universidad de York en Toronto y, después de un año de residencia en la Universidad de Trent, regresó a su natal Bulawayo para dirigir la National Gallery. En 1994 volvió a Canadá donde moriría en 2005 por complicaciones de SIDA. En 1992 publicó su única colección de cuentos: *Why Don't You Carve Other Animals*; en 1993, su primera novela, *Nehanda*, a la cual siguieron *Without a Name* y *Under the Tongue*, en 1994 y 1996 respectivamente, *Butterfly Burning* en 1998 y *The Stone Virgins* en 2000. También coordinó la colección de cuentos de escritoras africanas *Opening Spaces*.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritaban los policías.

Hoy estaban ocupando ambos lados de la calle principal de la ciudad para ver al Príncipe que había venido de Inglaterra a devolverles su país. A la media noche.

La mujer se refugió en el lugar verde de su cabeza, y esperó. Los niños, que salieron temprano de la escuela, estaban parados a lo largo de un tramo vacío de la calle, sosteniendo sobre la cabeza los libros que arrojaban sombras oscuras en sus caras. El sol brillaba luminosamente sobre la calle asfaltada. Un policía estaba parado sobre la ancha línea amarilla del centro, explorando la distancia con su gorra almidonada. Los policías de pesadas botas cafés y uniformes kaki, con pistolas y garrotes, le decían a los niños que retrocedieran. Al príncipe que venía de Inglaterra no le gustaría que se le amontonaran.

Del otro lado de la calle las mujeres bailaban y cantaban canciones tradicionales, bajo el enorme eucalipto. El sudor les escurría por la cara mientras le daban la bienvenida al futuro. Los policías con pistolas y garrotes les dijeron que retrocedieran hasta atrás de la multitud o que se alinearan con el resto de la gente. Uno les dio unas banderitas para

que las agitaran, una bandera nueva para una nación nueva. Mientras esperaba al Príncipe, enviado por su madre la Reina, la mujer sostuvo la rama de un arbusto de jacaranda sobre su rostro cansado, y permaneció resguardada en el lugar verde de su cabeza.

Una limusina llegó por la calle bordeada de resplandecientes jacarandas moradas. Los niños empezaron a gritar, pensando que se trataba de la persona tan importante que había venido desde Inglaterra para devolverles su país. La mujer vio pasar el coche, y después oyó que la excitación se apagaba. Éste no era el momento. Era sólo un coche más.

—No vamos a saber en qué coche está el Príncipe cuando finalmente pase por aquí —dijo un hombre—, por razones de seguridad. Pero tenemos que saludar a todos los coches cuando pasen. En uno de ellos estará el Príncipe.

—¿Quiere decir que no veremos al Príncipe? —preguntó la mujer, perpleja.

Se había despertado muy temprano para ver al hombre que tenía el poder de devolverles su país. Oyó ruido de sirenas, y vio a los policías pasar rápidamente en sus motocicletas, seguidos por varios coches que venían más despacio.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritaban los policías a los estudiantes emocionados que extendían los brazos y agitaban sus banderitas frente al río de vehículos que pasaban.

—¿En qué coche viene el Príncipe? —preguntó la mujer.

—Seguro que ni en el primero ni en el segundo, por razones de seguridad —contestó el hombre—. Y por supuesto que no en el último, es demasiado obvio.

Entonces debe ser en el tercero. La mujer miró con esfuerzo a través de las ventanas de vidrios polarizados, pero no vio nada. Aun así, todos saludaban y gritaban. Sólo veían sus propias caras emocionadas, interceptadas entre los reflejos de las flores moradas de las jacarandas. Por esa misma calle

sin duda había pasado el Príncipe. Si ellos no lo habían visto, quizás él los había visto a ellos.

—¿Viste al Príncipe? —se preguntaban unos a otros al regresar a casa.

Más tarde, algunos lo verían en el estadio, a la media noche. La mujer no iría.

El hombre tenía un brazo rodeando a la mujer, mientras que en el otro llevaba una botella de cerveza fría. Tenía la televisión prendida e insistía en que vería las celebraciones de la Independencia primero. Ya le había dado el dinero, y ella lo tenía en un pañuelo amarillo anudado que había amarrado en el tirante de su brasier. El estadio, que normalmente se reservaba para partidos de fútbol, estaba lleno hasta el tope. Primero hubo bailes tradicionales en el centro del estadio. La mujer se retiró al lugar seguro de su mente y vio pasar las imágenes en la pantalla.

El nuevo Primer Ministro dio un largo discurso, y la gente aplaudió y gritó. Alzaron los puños de júbilo. El nuevo Primer Ministro hablaba en un micrófono. Las mujeres seguían bailando mientras el Primer Ministro hablaba. La gente agitaba sus banderas cuando les decía que pronto todo cambiaría. Trabajos y más dinero. Tierra y educación. Riqueza y comida. La mujer vio al Príncipe sentado en silencio, vestido con impecable ropa blanca. Decían que su madre no había podido venir. Pero en estos asuntos él era tan importante como su madre. El nuevo Primer Ministro dijo algo acerca del Príncipe y todos aplaudieron.

El hombre que miraba la pantalla fue a la cocina por otra cerveza. Iba a celebrar la Independencia debidamente: con cerveza fría y una mujer. Ahora faltaban diez minutos para la media noche. Ella tenía que quitarse la ropa. La pantalla mostraba los minutos que pasaban. El Príncipe y el nuevo

Primer Ministro caminaron hacia la gran asta bandera que estaba en medio del estadio. La vieja bandera aleteaba en el aire, la nueva colgaba más abajo. El hombre empujó a la mujer al suelo. Iba a entrar en la nueva era con estilo y triunfante. Ella abrió las piernas. Era la media noche y la nueva bandera ascendió. El momento mágico del cambio. Verde, amarillo, blanco. Comida, riqueza, reconciliación.

Cuando terminó la mandó a su casa. Quería tener la casa para él solo cuando despertara. Se habían conocido bajo las jacarandas, esperando al Príncipe inglés.

Por la mañana ella vio banderas en miniatura atrapadas en los arbustos: la vieja bandera y la nueva.